

el virrey, quera por extremo bien criado. Aquella noche le dió de çenar, con el cumplimiento quel virrey hazia sus cosas y magestad, y despues se fué el marqués á su casa, y el virrey se quedó en la suya.



CAPÍTULO XXX.

De cómo llegado que llegó el marqués á Mexico, las cosas que suçedieron, y de la muerte del buen virrey don Luis de Velasco, primero deste nombre, virrey de la Nueva España.

CON la llegada del marqués á Mexico, no se trataba de otra cosa sino era de fiestas y galas, y así las abia más que jamás ubo. De aquí quedaron muchos empeñados, y los mercaderes hechos señores de las haciendas de todos los más caballeros, porque como se adeudaron y no podian pagar á los plazos, daban las rentas, que creo oy día ay empeñadas haciendas de aquel tiempo. Fué con grandísimo eçeso el gasto que ubo en aquella sazón.

BRINDAR, QUE NO SE USABA.—MÁSCARAS.—Y NVENCION DE HABLAR CON ZEBRATANAS.—El marqués hazia

plato á todos los caballeros y en su casa se jugaba, y áun se dió en brindar, questo no se usaba en la tierra ni sabian qué cosa era; y admitióse este vicio con tanta desórden como diré. En la mesa se brindaban unos á otros, y era ley, y se huardaba, quel que no açetase el desafío luego le tomasen la gorra, y se la hiziesen cuchilladas públicamente; y si bebían, y alguno açertaba á caer, perdía el precio que se ponía: era de manera esto que no lo sabré encareçer. En las comidas y çenas se trataban de munchas faltas, que se sabian de algunos, aunquestuviesen presentes. Dieron tambien en hazer máscaras, que para salir á ellas no era menester más de concertallo en la mesa y dizir: «esta tarde tengamos máscara;» y luego se ponía por obra, y salían disfreadados çien hombres de á caballo, y andaban de ventana en ventana hablando con las mujeres, y apeábanse algunos, y entraban en las casas de los caballeros y mercaderes ricos, que tenían hijas ó mujeres hermosas, á hablar. Vino el negocio á tanto, que ya andaban muchos tomados del diablo, y áun los predicadores lo reprehendian en los pulpitos; y én abiendo máscara de disfreadados se ponían algunos á las ventanas con sus mujeres, y las madres con sus hijas porque no las hablasen libertades; y visto que no podían hablarlas, dieron en hazer unas zebratanas largas, que alcançaban con ellas á las ventanas, y poníanles en las puntas unas florezitas, y llevábanlas en las manos, y por ellas hablaban lo que querían. Estas cosas se usaron despues del marqués en la tierra, y era por ser él muy regozijado; que valiera más que no lo fuera, que

tan caro le costó, y á todos. Procuró el virrey de remediar estas cosas de secreto, sin castigo, y no pudo.

DE LO QUE SE EMPEÇÓ LA TIERRA Á ALTERAR.—LO QUE DIJO UNO EN ESTA ALTERACION.—Abia el marqués contado sus vasallos, y subido su renta en más de çiento y çinquenta mil pesos de á ocho reales, y áun si dijese ducados de Castilla no mentiria. Desta cuenta se dió aviso á su magestad y al fiscal del Consejo Real, el qual puso al marqués demanda, diziendo que abia sido su magestad engañado en la merçed que se le hizo, y para esta demanda le mandaron çitar, y fué con esta çitaçion çédula real, en que se mandaba al virrey suspendiese la suçesion de los yndios, en terçera vida. Sabido desta çédula, empeçóse la tierra á alterar; y abia munchas juntas y conçilios, tratando de que era grandísimo agravio el que su magestad hazia á la tierra, y que quedaba perdida de todo punto, porque ya las más de las encomiendas estaban en terçera vida, y que antes perderian las vidas que consentir tal, y verles quitar lo que sus padres abian ganado, y dejar ellos á sus hijos pobres. Sintieronlo mucho, y como el demonio halló puerta abierta para hazer de las suyas, no faltó quien dijo:—«¡Cuerpo de Dios! Nosotros somos gallinas; pues el rey nos quiere quitar el comer y las haciendas, quitémosle á él el reyno, y alçémonos con la tierra y démosla al marqués, pues es suya, y su padre y los nuestros la ganaron á su costa, y no veamos esta lástima.»

DAN PARTE AL MARQUÉS Y LA RESPUESTA.—Empeçóse á tratar (y es.o es muy verdad lo que diré, porque me hallé

en Mexico y en munchas cosas presente, y las sé); reçebióse este parecer y trato, y á los primeros que se dió cuenta, fué á Alonso de Ávila Alvarado, que como tenia al pié de veynte mil pesos de renta, y él no sabia mucho y sus pueblos estaban en riesgo, cayó luego; y á su hermano Gil Gonzalez de Ávila, y á un Baltasar de Aguilar y otros. De suerte se habló, que hazian ya maese de campo y ofiçiales, y títulos en los pueblos, de duques y condes; y puesto ya todo en plática, dieron parte dello al marqués. (La respuesta, y lo que más suçedió, se dirá adelante.) Deste trato vino á entender el buen virrey don Luis de Velasco, y como bueno, y padre, lo remedió con tan buena traça y cristiandad, que se dejó y se dejara si la muerte no le llevara, y no costara las vidas y haciendas que costó; y como el marqués no estaba tan mal quisto, como despues estuvo, todos callaron.

En este medio, el buen caballero del virrey enfermó de una enfermedad muy grave y murió, la qual muerte fué causa de toda la pérdida de la tierra y del marqués. Sintióse mucho su muerte, que era de aber gran lástima el llanto jeneral que ubo de todos; chicos y grandes se pusieron luto y fueron á su entierro, el qual se le hizo más solene que se a visto, ayudando mucho á la grandeza y maravilla dél ver todos los soldados, questaban para yr á las Filipinas, y el jeneral, yr armados al entierro, con banderas negras y ynsinias de luto, las cajas sordas, arrastrando las picas, y banderas. Fué cosa muy de ver, y todo lo mereçia; cuya ánima Nuestro Señor tenga en la gloria.



CAPITULO XXXI,

que trata de lo que suçedió al marqués del Valle despues de la muerte del virrey, y la respuesta que dió á los que le fueron á ofreçer el reyno de la Nueva España, y de otras cosas que pasaron.

ESTABAN todos muy tristes con la muerte del virrey don Luis de Velasco. Suçedió en la gobernación la audiència real, la qual tenia muy pocos oydores, á causa de que abian suspendido á algunos dellos en la visita que les hizo un oydor del Consejo de Yndias que se llamaba el liçençiado Valderrama, y estaba en Mexico á esta sazón.

Los oydores que quedaron eran tres; el uno el doctor Çeynos, que presidia, y el doctor Villalobos, y el doctor Horozco: en estos tres estaba el gobierno y mando de todo

aquel Nuevo Mundo, y le tuvieron hasta que vino por virrey el marqués de Falces, don Gaston de Peralta.

EL LICENÇIADO VALDERRAMA.—LO QUE DIJO ALONSO DE ÁVILA ALVARADO, Y LE COSTÓ CARO.—El licençiado Valderrama abia traydo órden de su magestad, segun se entendió, de que viese el asiento que se podia dar á la tierra, el qual lo puso en plática, y se hizieron juntas, y dieron los hijos de conquistadores y pobladores sus memoriales, y andaban tratando dél; y entrestas cosas se dejaron dezir algunas, harto malas. En una destas juntas dijo Alonso de Ávila Alvarado:—No le suçeda al rey lo que dizen, «quien todo lo quiere todo lo pierde;» y otras boberías, que las pagó muy pesadamente: al fin no se hizo cosa. Abian tratado de que diesen á don Diego de Córdoba veynte mil ducados, para huanes, porque les negociase con su magestad lo capitulado, obligándose dos caballeros muy prinçipales á que en la primera flota se los ynviarian; y los que se obligaron, fué el uno Alonso de Ávila Alvarado y el otro Gonçalo de las Casas: por estar los pechos dañados, de algunos, no concluyeron cosa.

RESPUESTA DEL MARQUÉS QUANDO LE OFREÇIERON EL REYNO.—En estos medios tornaron á tratar del alçamiento, y fueron al marqués, el qual los respondió, quél de muy buena gana les acudiria, mas que temia no fuese cosa que despues no se hiziese nada, y que todos perdiesen las vidas y las haciendas; y que, ¿quién tenian que les acudiese? Ellos respondieron:—Munchos; y los nombraron: y el marqués les

dijo, que se mirasen bien en ello, y de todo le diesen aviso. Así quedaron de lo hazer, y se salieron fuera, y empeçaron á dar cuenta á los que creyan abian de acudir, con el mayor secreto que pudieron. El marqués, realmente, él no tuvo voluntad de alçarse con la tierra, ni por la ymaginaçion, sino escucharles y ver en lo que se ponía el negoçio, y quando le viera ya muy determinado y puesto en ejecuçion, salir él por el rey y hazelle un gran serviçio, y envialle á dizir que su padre le abia dado una vez la tierra y quél se la daba otra. Mas no suçedió así: estuvo este trato muchos dias secreto, y aún lo estuviera si el marqués no empeçara á enemistarse con lo más prinçipal de la çiudad de Mexico, y ser parte á que ubieran bandos, como los empeçaban á aber, declarándose él por más amigo de unos que de otros, y en ocasiones de enemistades, que se abian ofreçido en aquella coyuntura.

LO QUE EL MARQUÉS DIJO CONTRA LOS QUE LE SIGUIERON.—Lo que al marqués le destruyó, fué que se dizia traya requiebro con una señora, por la qual favoreçia á sus deudos, los quales eran contrarios de otros caballeros á quien él tenia mucha obligaçion, por ser hijos de quien sustentaron á su padre, y por él se pusieron muchas vezes á peligro de muerte por defendelle su opinion, la qual tuvo de que se queria alçar con el reyno, y que tenia escondido el tesoro de Montecuma. Los que le ymputaban esto fueron los padres de los á quien él favoreçia; y todo esto, y ahorcalle un primo hermano de su padre quando fué á la California, y otras cosas munchas que contra él hizieron: y en

estas ocasiones tomaban las armas estotra parte en favor del marqués su padre, y ninguna destas valió para quél no se declarara tan de veras contra ellos; hasta dizir que los abia de destruir hasta la quarta jeneraçion. Con estas y otras ocasiones le vinieron á tener en tan poco, que se juntaron un dia para embestir con él y con sus amigos, y matarse; y se armaron los unos y los otros, y se pasaron por él sin quitalle la gorra, yendo él acompañado de más de veynte de á caballo, y todos muy bien aderezados: hasta los pajes les hizo poner espadas, y estotros no se descuydaron, y como digo, salieron con determinaçion de matarse y al marqués el primero.

Andaba todo tan revuelto que la justiçia no se daba manos, ni podia con ellos, ni áun estaba la çiudad segura. Echábanle cada dia papeles ynfames, y tanto, que yendo él á sacar un lienço de narizes, de las calças, halló un papel en ellas, que dizia en él esta letra:

Por Marina, soy testigo,
ganó esta tierra un buen hombre,
y por otra deste nombre
la perderá quien yo digo.

Llamábase Marina la señora con quien él, dizian, traya requiebro y servia: y del mismo nombre fué la yndia que su padre traya por yntérprete de los yndios quando la conquista, la qual fué grandísima parte para el buen suceso que

tuvo en ella. No dejaban blanco en toda su vida, que no le tiraban á él con muy perjudiciales saetas. Çierto que era lástima, y se debía tener de un caballero que tan por su pié se yba perdiendo con estas enemistades, que no se descuydaban en procuralle destruir.

DENUNCIÓ BALTASAR DE AGUILAR.—Vinieron á entender los contrarios, de uno, que era el todo y con quien más se abia tratado el rebelion, al qual tenian nombrado por maese de campo, y era deudo, y muy çercano, de los contrarios del marqués y hombre muy prinçipal y rico, que se llamaba Baltasar de Aguilar Çervantes, el qual descubrió todo lo que abia del alçamiento, y cómo el marqués abia de ser rey, y que se abia puesto en plática con teólogos y que todos dizian que muy justamente podia serlo, y questaba muncha jente conjurada, y quél abia de ser maese de campo. No lo dijo á sordo, sino á un cuñado suyo y primo hermano, muy prinçipal caballero y muy onrrado, y éste le dijo:—Pues hermano, asigurá vuestra onrra y hazienda, y luego id á denunçiar de vos y de los que más sabeis están en esa conjuraçion.—Y es verdad, por lo que ví, que fué llevale como por los cabellos, y así fué, y hizo su denunciaçion; y luego fueron con él Alonso de Villanueva Çervantes, hermano del caballero que abia sido primero avisado, que se llamaba Agustin de Villanueva Çervantes, y éste dió parte á unos amigos suyos, entre los quales fué uno don Luis de Velasco, hijo del buen virrey don Luis, y él y los demás que lo sabian acudieron á la justiçia á dalle parte. Entonçes

no abia más de los tres oydores que emos dicho, los quales hizieron su informaçion muy secreta y empeçaron á hazer diligençias, tomando testigos los que yban á denunçiar, que fueron otros despues. Andaba la tierra, bien se entenderá cómo, y el marqués no sabia destas diligençias cosa, sino antes se empeçaba á tratar nuevamente del negoçio; y palabra no se hablaba que luego no la sabian los oydores, los quales vivian con grandísimo secreto y cuydado.



CAPÍTULO XXXII,

*que trata de cómo los oydores, hecha la informaçion
contra el marqués y los demás, le prendieron,
y á sus hermanos, y á Alonso de Avila
y á su hermano.*

DESPUES de aber denunciado Baltasar de Aguilar de sí y del marqués y los demás, y los que arriba emos dicho, vinieron á denunçiar el liçençiado Espinosa, un clérigo, y Pedro de Aguilar, sacristan de la Vera Cruz, al qual llamaban por mal nombre *Aguilarejo*: que aunque no ubieran cometido más delito, los que á éste dieron parte, de abelle admitido para hablalle, no digo en cosa de tanta ymportançia, sino de cosas en que sirviera de su ofiçio, mereçian muncha pena. Ninguno puede dizir más dél que yo, porque le conoçí, antes de ser sacristan